

EL PELIGRO DEL ÉXITO

Oscar Arocha

10 de Julio 2010

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

“Y Uzías preparó para todo el ejército escudos, lanzas, yelmos, coseletes, arcos, y hondas para tirar piedras. E hizo en Jerusalén máquinas inventadas por ingenieros, para que estuviesen en las torres y en los baluartes, para arrojar saetas y grandes piedras. Y su fama se extendió lejos, porque fue ayudado maravillosamente, hasta hacerse poderoso. Más cuando ya era fuerte, su corazón se enaltecó para su ruina; porque se rebeló contra Jehová su Dios, entrando en el templo de Jehová para quemar incienso en el altar del incienso. Y entró tras él el sacerdote Azarías, y con él ochenta sacerdotes de Jehová, varones valientes. Y se pusieron contra el rey Uzías, y le dijeron: No te corresponde a ti, oh Uzías, el quemar incienso a Jehová, sino a los sacerdotes hijos de Aarón, que son consagrados para quemarlo. Sal del santuario, porque has prevaricado, y no te será para gloria delante de Jehová Dios. Entonces Uzías, teniendo en la mano un incensario para ofrecer incienso, se llenó de ira; y en su ira contra los sacerdotes, la lepra le brotó en la frente, delante de los sacerdotes en la casa de Jehová, junto al altar del incienso. Y le miró el sumo sacerdote Azarías, y todos los sacerdotes, y he aquí la lepra estaba en su frente; y le hicieron salir apresuradamente de aquel lugar; y él también se dio prisa a salir, porque Jehová lo había herido”
(2 Cro.26:14-20)

Uzías fue hijo de Amasias un rey Creyente, pero con un testimonio de fe débil; tan débil que su frialdad le trajo ruina: “Desde el tiempo en que Amasias se apartó de Jehová, empezaron a conspirar contra él en Jerusalén; y habiendo él huido a Laquis, enviaron tras él a Laquis, y allá lo mataron” (25:27); su rebeldía contra el Señor levantó el pueblo en su contra. La misma mano que lo ejecutó, esa misma coronó a Uzías en el trono. El hijo no hizo nada contra su padre, sino que su propia infidelidad le destronó: “Entonces todo el pueblo de Judá tomó a Uzías, el cual tenía dieciséis años de edad, y lo pusieron por rey en lugar de Amasias su padre” (v1). Su reinado fue largo, y aunque tuvo un padre poco fiel, al parecer tuvo una madre piadosa: “De dieciséis años era Uzías cuando comenzó a reinar, y cincuenta y dos años reinó en Jerusalén. El nombre de su madre fue Jecolías, de Jerusalén. E hizo lo recto ante los ojos de Jehová” (v3). Nótese como el escritor divino une el nombre de su madre con su carácter de Creyente. Además de esas bondades tuvo un buen maestro “Y persistió en buscar a Dios en los días de Zacarías, entendido en visiones de Dios” (v5). En él vemos lo que de primero ha de ser alabado en un buen gobernante: Buen juicio, justo, piadoso, y un oído dispuesto para el consejo de buenos hombres, y trajo su buen efecto: Un buen rey, un buen maestro, y el bien del pueblo: “Y en estos días en que buscó a Jehová, él le prosperó” (v5). La piedad no perjudica sino beneficia: “Y dieron los amonitas presentes a Uzías, y se divulgó su fama hasta la frontera de Egipto; porque se había hecho altamente poderoso” (v8).

El estudio será así: **Uno**, El éxito engaña el corazón del rey (v14-18). **Dos**, Uzías es castigado por su soberbia (v19-20).

I. EL ÉXITO ENGAÑA EL CORAZÓN DEL REY UZÍAS

Adentrémonos a estudiar esta parte, veremos: La soberbia de su corazón, y como transgredió la Ley.

La soberbia de su corazón. Uzías fue un hombre capaz y talentoso, pues puso empeño en prosperar las dos principales áreas económicas en una nación, la ciencia y la agricultura: “Asimismo edificó torres en el desierto, y abrió muchas cisternas; porque tuvo muchos ganados, así en la Sefela como en las vegas, y viñas y labranzas, así en los montes como en los llanos fértiles; porque era amigo de la agricultura... Y Uzías preparó para todo el ejército escudos, lanzas, yelmos, coseletes, arcos, y hondas para tirar piedras. E hizo en Jerusalén máquinas inventadas por ingenieros, para que estuviesen en las torres y en los baluartes, para arrojar saetas y grandes piedras. Y su fama se extendió lejos, porque fue ayudado maravillosamente, hasta hacerse poderoso” (v10,14-15). No era científico, pero valoraba el poder de la ciencia; no era agricultor pero reconocía su importancia. Es lo que llamaríamos un excelente administrador, sus empresas también fueron prosperadas. Suponemos que fue organizado y rodeado de asistentes capaces y talentosos: “Un ejército de guerreros, los cuales salían a la guerra en divisiones, de acuerdo con la lista hecha por mano de Jeiel escriba” (v11). La grandeza de Uzías y su enorme capacidad de trabajo y talentos se levantaron junto con su corazón natural; de tal manera que sintió admiración de su propio poder y gloria. Cuan fácil es aun para buenos hombres levantarse tan altos en sus corazones que pierdan la visión de donde fueron sacados y quien los hizo progresar; se olvidó de su Benefactor. Fue ingrato: “Más cuando ya era fuerte, su corazón se enaltecó para su ruina; porque se rebeló contra Jehová su Dios, entrando en el templo de Jehová para quemar incienso en el altar del incienso” (v16). Cuan difícil fue para un hombre tan entendido en la ingeniería no poder desarrollar un método capaz de humillar su soberbia y abatir sus pensamientos de orgullo. No es en balde que el hombre sabio dijera: “No me des pobreza ni riquezas; Manténme del pan necesario; No sea que me sacie, y te niegue, y diga: ¿Quién es Jehová?” (Pro.30:8). Las velas de su barco se inflaron y le llevaron a la ruina.

El rey transgrede la Ley. Hay individuos que en sus empresas o empleos pasan los días dando ordenes a otros, y tienen éxito, pero en sus casas y amigos se comportan de la misma manera, no saben mantenerse dentro de los límites que les impone la providencia. Cometan transgresión y a sí mismos se hacen daño, eso pasó con este rey. Fue exitoso

gobernando, tuvo logros en su corte, en la milicia, en el campo, la ciudad y donde quiera que incursionaba; pero cometió el error de querer hacer lo mismo en el Templo. Pensó que podía quemar incienso mejor que los sacerdotes. De aquí aprendemos: Que pudiera ser peligroso y dañino para un hombre y su familia ignorar los límites de su oficio. Confusión y turbación sobre no pocos hombres y los suyos por esta ignorancia. Enfoquemos sobre lo sucedido: “Se rebeló contra Jehová su Dios, entrando en el templo de Jehová para quemar incienso en el altar del incienso. Y entró tras él el sacerdote Azarías, y con él ochenta sacerdotes de Jehová, varones valientes” (v16-17). Un solemne día el rey se vistió de ropa real, a la vista del pueblo caminó con su cortejo al templo de Dios, y temerariamente se aproximó al altar del incienso para quemar incienso al Dios de los cielos. Azarías el sacerdote a la cabeza de un grupo de valientes, sabiendo el enorme peligro de su temeridad, se le opuso abiertamente: “Y entró tras él el sacerdote Azarías, y con él ochenta sacerdotes de Jehová, varones valientes. Y se pusieron contra el rey Uzías, y le dijeron: No te corresponde a ti, oh Uzías, el quemar incienso a Jehová, sino a los sacerdotes hijos de Aarón, que son consagrados para quemarlo” (v18).

El rey había sido educado bajo las enseñanzas del sacerdote, o que no era ignorante de su soberbia; sabía muy bien que eso le estaba impedido. Estaba violando los límites de su llamado. Esto es, no puedes agradar a Dios con un sacrificio prohibido. Como si le hubiesen dicho: Gobernar el pueblo es tuyo, pero servir en los asuntos del templo no te corresponde. Al verlo con el incensario en la mano, temblaron sabían que se exponía al juicio divino. Zacarías le dijo: “Sal del santuario, porque has prevaricado, y no te será para gloria delante de Jehová Dios” (v18). Esto es, tu mala acción será para tu propia desgracia y peligro. Y habían precedentes negativos que el rey sabía muy bien sobre sus nefastas consecuencias.

Un caso lo prueba: “También salió fuego de delante de Jehová, y consumió a los doscientos cincuenta hombres que ofrecían el incienso. Entonces Jehová habló a Moisés, diciendo: Di a Eleazar hijo del sacerdote Aarón, que tome los incensarios de en medio del incendio, y derrame más allá el fuego; porque son santificados los incensarios de estos que pecaron contra sus almas; y harán de ellos planchas batidas para cubrir el altar; por cuanto ofrecieron con ellos delante de Jehová, son santificados, y serán como señal a los hijos de Israel. Y el sacerdote Eleazar tomó los incensarios de bronce con que los quemados habían ofrecido; y los batieron para cubrir el altar, en recuerdo para los hijos de Israel, de que ningún extraño que no sea de la descendencia de Aarón se acerque para ofrecer incienso delante de Jehová, para que no sea como Coré y como su séquito; según se lo dijo Jehová por medio de Moisés” (Num.16:35-40). Coré y su grupo eran levitas, y aun así pagaron caro su osadía de quemar incienso en el templo, ya que correspondía a los sacerdotes. Uzías conocía esta historia porque era una de las lecciones difundidas en el pueblo: “En recuerdo para los hijos de Israel, de que ningún extraño que no sea de la descendencia de Aarón se acerque para ofrecer incienso delante de Jehová” (v40).

Vimos, pues, La soberbia de corazón en el rey Uzías, y como éste mal le llevó a transgredir la Ley del Señor.

II. EL REY UZÍAS ES CASTIGADO POR SU SOBERBIA

En esta parte se verán: Como el rey agravó su pecado, y el juicio se hizo público.

Uzías agrava su pecado. Mientras Uzías aun hablaba el Señor le castigó: “Entonces Uzías, teniendo en la mano un incensario para ofrecer incienso, se llenó de ira; y en su ira contra los sacerdotes, la lepra le brotó en la frente, delante de los sacerdotes en la casa de Jehová, junto al altar del incienso” (v19). El hombre estaba resuelto, no sólo ir en contra de su conocimiento sobre el orden divino dentro en el templo, sino también contra la reprensión del sacerdote. Fue abierta transgresión. El soberbio no sólo es controlado por la soberbia, sino que este mal tan común suele manifestarse con ira cuando alguno trata de detenerlo en contra de su mal deseo. Cuando el hierro está muy caliente y uno le echa agua, se endurece. El corazón soberbio también. El sacerdote le echó agua o le dijo que se detuviera, y el rey se enfureció: “Se llenó de ira” (v19). Sus sentimientos se calentaron. Recordemos que Uzías no era un hombre incrédulo, estamos hablando de un verdadero Creyente. Entonces aun verdaderos santos no están exentos de caer en soberbia, arrogancia o presunción mal sana. Y si caen en ese mal no quedarán sin castigo. Bien dice Salomón: “El hombre que reprendido endurece la cerviz, De repente será quebrantado” (Pro.29:1).

Hay en esta historia lo que se conoce como agravamiento del pecado. Una persona pudiera tener gripe, y agravar su mal haciendo desarreglos en su enfermedad, o que actúa de forma descuidada con la salud de su cuerpo. Uzías agravó su pecado, porque siendo reprendido no puso oído dócil, sino que se enfureció. En tales casos el juicio divino se hace manifiesto. La idea es que la paciencia divina tiene su final, y si el individuo no responde adecuadamente, entonces viene el azote.

El Juicio se hace público. Las ofensas públicas deben tener vergüenza públicas. Es un asunto peligroso hacer cosas que Dios no nos ha mandado, no con una visión o revelación por sueños, ni por la confianza o garantía de Su Palabra. Es tonto tener la impresión de que tenemos vara alta en el Cielo, porque hemos experimentado algún progreso material sobre en este mundo. Hablar y manejar los asuntos del Señor sobre la tierra no viene por la opinión de los hombres, sino con la garantía de la Biblia. Este es un mal muy difundido en esta tierra, las opiniones de los ricos, de grandes artistas de cine y los grandes deportistas sobre asuntos de mucha envergadura reciben mayor difusión en la prensa y consideración de la gente, que los juicios de los buenos hombres. Eso es soberbia, porque asimismo pensaba Uzías. Que su grandeza le daba derecho de meterse en los asuntos de arriba. Los grandes del mundo aman la vanidad, están, pues, descalificados de opinar sobre la verdad.

Miremos de nuevo al rebelde rey: “Entonces Uzías, teniendo en la mano un incensario para ofrecer incienso, se llenó de ira; y en su ira contra los sacerdotes, la lepra le brotó en la frente, delante de los sacerdotes en la casa de Jehová, junto al altar del incienso. Y le miró el sumo sacerdote Azarías, y todos los sacerdotes, y he aquí la lepra estaba en su frente; y

le hicieron salir apresuradamente de aquel lugar; y él también se dio prisa a salir, porque Jehová lo había herido“ (v19-20). Cuando palabras fieles de los ministros de Dios no son escuchadas por los transgresores, entonces es tiempo para el Señor actuar directamente. Su mano hizo en un instante lo que la lengua de los hombres intentó en vano. Ya no había necesidad de sacarlo, tiene en su frente el ticket de salida: “La lepra le brotó en la frente”; el Dueño de la Casa habló y de sí mismo el rey tomó su vergüenza. Entró en el templo como un sacerdote y salió como un leproso. Se tomó atribuciones que Dios no le había dado.

Note el engaño de ser presumido, Uzías se consideró a sí mismo digno de estar entre los más encumbrados, y capaz de usurpar el oficio sacerdotal, luego esa misma arrogancia le pone indigno, no tanto con los grandes, sino aun del común de los hombres. No es digno de estar ni siquiera entre sus sirvientes: “Así el rey Uzías fue leproso hasta el día de su muerte, y habitó leproso en una casa apartada” (v21). Lo perdió todo, su reino, su familia, y excluido de asistir a la Casa de Dios mientras estuvo vivo, porque su presencia fue un espectáculo de horror y deformidad. Su intento de perfumar el cielo con la quema de incienso fue arrogante, y sus consecuencia fue que ahora es apestoso a sus propios sentidos.

Oigamos la narración de sus últimos días: “Así el rey Uzías fue leproso hasta el día de su muerte, y habitó leproso en una casa apartada, por lo cual fue excluido de la casa de Jehová; y Jotam su hijo tuvo cargo de la casa real, gobernando al pueblo de la tierra. Los demás hechos de Uzías, primeros y postreros, fueron escritos por el profeta Isaías, hijo de Amoz. Y durmió Uzías con sus padres, y lo sepultaron con sus padres en el campo de los sepulcros reales; porque dijeron: Leproso es. Y reinó Jotam su hijo en lugar suyo” (v21-23). Aquí notamos la misericordia divina, porque en otros casos tales transgresores fueron muertos, pero Uzías le dejaron vivo. Fue corregido, pero no totalmente despreciado. Su frente fue manchada con lepra, pero su alma fue salva. Uzías no fue quitado de ser rey, pues aun cuando tenía lepra en su frente, no así en su cerebro. La enfermedad de su cabeza no le quitó la corona. Su hijo Jotam gobernó en su lugar, y mientras el padre permaneció oculto por su lepra, aun así era obedecido. Las enfermedades del cuerpo no inhiben un hombre de seguir gobernando una nación.

Vimos, pues, La soberbia de corazón en el rey Uzías, y como este mal le llevó a transgredir la Ley del Señor. En segundo lugar se consideró: Como agravó su pecado y la vergüenza pública que llevó por ello, fue castigado con lepra en su frente. No obstante, la misericordia divina le permitió ser obedecido por su hijo y por su pueblo.

APLICACIÓN

1. Hermano: La lepra del pecado ha deformado tu corazón, aun así en Cristo no has sido destronado del favor de Dios. Uzías pecó contra Dios y fue castigado, pero no condenado; no fue desechado, aunque sí se le dio una enfermedad, afligido y separado de su familia y amigos. En otras palabras, la salvación en Cristo Jesús no se pierde.

A ti Creyente te digo: Tú que estás en Cristo, ya Dios no es tu juez para condenarte, porque Cristo pagó por ti. Ahora bien, eso no anula que El sea tu Padre, y como tal azota a todo aquel que recibe por hijo. Estoy seguro que cuando oíste esta historia de Uzías tu corazón se alegró de ver la salvación tan grande que tienes en el Evangelio. Es posible que te asalte la duda y te preguntes: ¿Estoy Yo en Cristo? Si así fue, entonces tu sabiduría y trabajo es obrar de tal manera que cada día asegures que también tú eres heredero de esa maravillosa Gracia. Todo lo que tengo para decirte es que hagas como Uzías y cuides tu corazón de la soberbia. Oye como él hizo: “Persistió en buscar a Dios” (v5). Haz tú lo mismo y el favor de Dios estará contigo.

2. Amigo: No olvides que la paciencia de Dios contigo tiene un final, no abuses de Su paciencia. Tu has oído muchas veces estas verdades, y persiste en seguir la corriente de este mundo, ser importante a los ojos de los que te conocen, seguir disfrutando los deleites temporales del pecado, pero del llamado de Cristo haces caso omiso. Te hemos estado llamado al arrepentimiento en nombre de Cristo, y ahora nuevamente te llamamos, oye Su Palabra: “Como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios” (2Co.5:18).

Lo hicimos, lo estamos haciendo y seguiremos haciéndolo, que te conviertas de tus pecados a Dios. No sabemos si hoy seguirás vivo o mañana, el mes que viene o el año que viene. Pero esto sí sabemos, que Dios es amplio en perdonar, y que su paciencia en seguir llamándote tiene un final. Hazlo, pues ahora, hoy mismo y no lo dilates; esta promesa divina es para ti: “Volveos a mi reprensión; He aquí yo derramaré mi espíritu sobre ti, Y te haré saber mis palabras”.

AMEN

Agosto 22/2003 (Julio 10/2010)